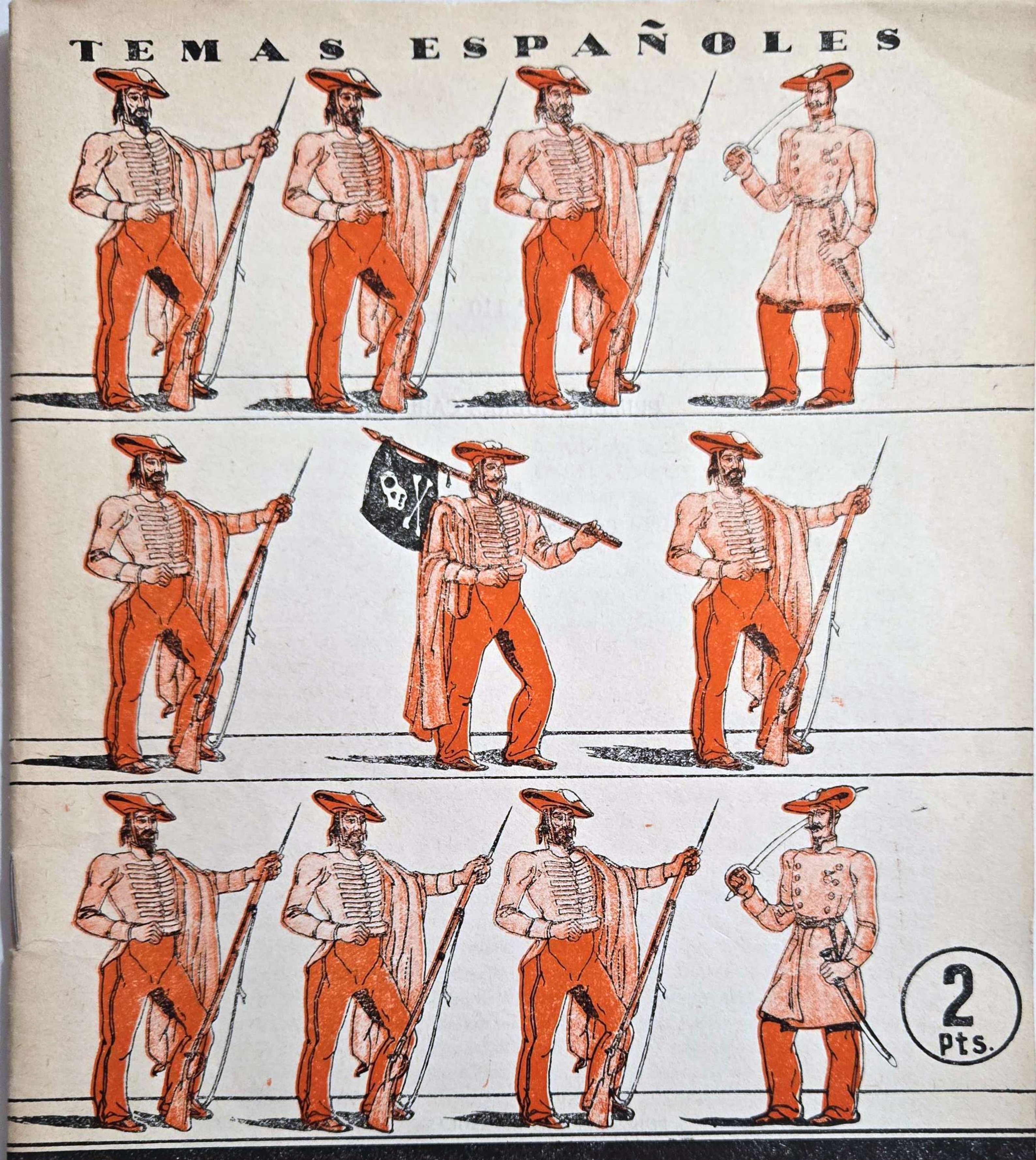

1ª GUERRA CARLISTA

TEMAS ESPAÑOLES

N.º 110

PRIMERA GUERRA CARLISTA

por

SANTIAGO GALINDO HERRERO

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
O'DONNELL, 27 - MADRID
1954

ANTECEDENTES PREVIOS

No podrían entenderse las guerras carlistas sin explicar antes sus antecedentes precisos, no sólo en cuanto se refiere a la sucesión al trono tras la muerte de Fernando VII, sino también a las luchas intelectuales que determinan la posición ideológica de los dos bandos que luego se enfrentarán en el campo de batalla. Por ello hay que atender a la primera división honda que se produce en la sociedad española durante la celebración de las famosas Cortes de Cádiz, en las que aparecen claramente determinados tres grupos: los innovadores, los apegados a lo viejo y caduco, y aquellos que aspiran a volver al antiguo orden tradicional, acomodándolo a la marcha de los tiempos, con la idea fecunda de tradición viva, siempre fluyente.

Las circunstancias históricas de las Cortes de Cádiz son bien conocidas. El hecho de que la familia real se encontrase fuera del territorio nacional hizo necesario que se pensara en arbitrar fórmulas oportunas para la gobernación del país. Constituída una Junta Central, se le pidió repetidamente que reuniera las antiguas y tradicionales Cortes de los Reinos, no convocadas desde hacía muchos años, y nada mejor prueba el espíritu de los peticionarios que este párrafo de una de las solicitudes: "Antes, Señor, que la nación española conociera las dinastías extranjeras de Austrias y Borbones frecuentemente se convocaban las Cortes: las Universidades, las guerras contra los moros, la imposición de algún nuevo tributo, bastaban sólo para llamarlas: ellas contribuyen a dar a los españoles aquel carácter grande que llenó de sus hechos la historia del siglo XVI y la falta de ellas o su reunión rara y servil, con el concurso de otras causas, hizo desmerecer a nuestra Patria del ápice a que había llegado en Europa, y de ser temida y respetada al desprecio y nulidad que no debía".

A la muerte del que fué presidente de la Junta Central, Floridablanca—30 de diciembre de 1808—, quedó sin resolver el problema del llamamiento y constitución de las futuras Cortes. Para quienes eran adictos a la Monarquía tradicional las Cortes no debían actuar más que para defender el territorio y restaurar los antiguos usos, fueros y costumbres españoles. Los amigos de Jovellanos, los llamados "templados", creían que debían llamarse para restablecer la antigua Constitución española y para completarla en cuanto le faltara o hubiera caído en desuso. Por último, los más extremistas querían que se sentaran las bases de un régimen constitucional que presidiera el trilema revolucionario de Libertad, Igualdad, Fraternidad. Tras oír distintos consejos y dictámenes, la Junta de Regencia hizo, al fin, el llama-

miento de Cortes sin distinción de brazos y para una sola Cámara. Los extremistas liberales, con una diligencia muy característica, habían conseguido, cuando se reunieron las Cortes, llevar a los escaños una mayoría que les haría fácil la victoria legislativa, aun en contra de los ideales por los que el pueblo combatía en las trincheras, sin atender demasiado a la forma en que, en la retaguardia, se organizaba la paz. "Todos los documentos de la guerra de la Independencia respiran la misma atmósfera de odio al extranjero y exaltación de lo español, lo mismo las proclamas que los sermones, los periódicos que los discursos. Lo español era lo que hasta entonces habían vivido los españoles de 1808: el rey, la religión, la Monarquía, las tradiciones bajo las cuales vivían hasta la entrada de los franceses; lo extranjero era lo que se oponía a aquel estado de cosas: Napoleón y Francia revolucionaria, el anticlericalismo, el escepticismo religioso, las mudanzas fundamentales con que amenazaba el triunfo o la aceptación del invasor; no carece de sentido el que se motejara de herejes a los soldados de Napoleón, y no puede explicarse como un simple medio de propaganda o como consecuencia del fanatismo; fué sencillamente que no se concebía que pudieran profanar las iglesias hombres que no fueran herejes, y de aquí que, además del sentimiento patriótico de la independencia, hubiese en el fondo de la resistencia española un motivo religioso, que fué como el nervio de la guerra" *(Suárez Verdeguer)*.

Lo cierto es que, pese a todo ello, la legislación que las Cortes aprobaban tenía un signo totalmente contrario. Hacia el 14 de octubre de 1810, con motivo de la discusión sobre la libertad de imprenta, puede decirse que se inicia la división en la Cámara. Las principales figuras del grupo realista fueron Francisco Gutiérrez de la Huerta, diputado por Sevilla; Francisco Javier Borrull, representante de Valencia; Felipe Aner, catalán; Jaime Creus, también diputado por Cataluña; Pedro Iguanzo, después obispo de Zamora y arzobispo de Toledo; Alonso Cañero, más tarde obispo de Málaga; Vicente Tenreiro, diputado por Cádiz; Francisco Morras, por Cataluña; Francisco de S. Rodríguez, de la Bárcena, representante de Sevilla; Juan Morales Galledo, igualmente sevillano; Blas Ostalaza, representante de Cádiz, y Francisco Mateo Anguiano, obispo de Calahorra. La España afrancesada y reformista, heterodoxa, encontró sus primeros núcleos de organización en las logias masónicas, fomentadas por los que, habiendo estado prisioneros en Francia, regresaban a España iniciados en la secta.

La obra de las Cortes de Cádiz se centra en su constitución, promulgada el 19 de marzo de 1812, día de San José, por lo que fué llamada la *Pepa*. De ella dijo San Miguel. "Tómese la Constitución del año 1812 por donde se quiera, y no se verá más que disonancia y un germen perpetuo de pugna, de celos, de rivalidades entre los poderes y autoridades del Estado. Dos veces se ha ensayado en el espacio de veinticuatro años y en ambas no se ha hecho más que trastornar el orden político y reducirle a la situación más deplorable". Las declaraciones principales del cuerpo legal eran: la nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios; es libre e independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona; la soberanía reside esencialmente en la nación y, por lo mismo, pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales; el gobierno de la

nación española es una Monarquía moderada y hereditaria; la potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el rey, y la de aplicarlas en los Tribunales; reconocía el derecho de libertad de imprenta y el de reunión. Las Cortes abolieron el tradicional voto de Santiago; suprimieron el Tribunal de la Inquisición y siguieron una política sectaria, obligando a los españoles a aceptar las doctrinas liberales; como prueba de ello puede citarse el establecimiento obligatorio de una Cátedra de Constitucionalismo en el Seminario nacional de Monforte.

LOS REALISTAS Y EL MANIFIESTO DE LOS PERSAS

El regreso de Fernando VII a España, tras el final de la guerra con Napoleón, tuvo como principal efecto la reacción de los elementos realistas contra el liberalismo. Animados por la presencia del monarca quisieron llevar una lucha abierta, que tuviera como consecuencia el triunfo de sus ideas sobre el absolutismo heredado de Carlos IV y sobre el afrancesamiento político e intelectual de las Cortes de Cádiz. Si el rey defraudó sus esperanzas no comprometió la causa de los realistas con tal actitud, ya que Fernando gobernó utilizando las intrigas de la camarilla, reflejo vacilante de los "favoritos" de sus antecesores en el Trono. El documento más importante de esta época es, desde luego, el Manifiesto de los persas, llamado de tal forma por comenzar así: "Era costumbre en los antiguos persas pasar unos días en la anarquía después del fallecimiento de su rey, a fin de que la experiencia de los asesinatos, robos y otras desgracias les obligara a ser más fieles a su sucesor". Está firmado en abril de 1814, y parece que fueron sus autores Bernardo Mozo de Rosales—diputado por Sevilla—, que es quien lo presentó al rey, y Pérez Villamil. Fué firmado por sesenta y tres diputados realistas. Suárez Verdeguer dice que el documento es de tanta importancia para los realistas como fué para los liberales la Constitución de 1812. Pero el valor del documento para la actuación práctica del monarca fué totalmente nulo, ya que FernandoVII, que prometió en Valencia gobernar con Cortes según los antiguos usos y costumbres, no hizo sino continuar el camino de su padre, que tantos males le había acarreado. Los ideales principales del Manifiesto de los persas son: Convocatoria de nuevas Cortes en la forma en que habían razonado—con arreglo al criterio tradicional de los antiguos reinos—; remediar los defectos del despotismo ministerial; corregir los defectos de la administración de justicia; arreglo igual de contribuciones para los vasallos; libertad y seguridad de las personas; cumplimiento de las leyes dictadas por los reyes con las Cortes; funcionamiento de los jueces y tribunales con arreglo a ellas; rendición de cuentas por parte de todos los que habían manejado fondos públicos durante la guerra; completar los efectivos del Ejército y equiparlos; premiar a quienes habían contribuído a libertar a España de la opresión del tirano; precaver la seguridad nacional contra los que hubiesen cometido delitos contra la integridad nacional; in-

vestigar los fines por los que se había procurado dejar indefensa la nación, sigilando el verdadero estado de las fuerzas. Pedían, por fin, la celebración de un Concilio que arreglase las materias eclesiásticas y preservase intacta entre nosotros la fe de la religión católica.

De 1814 a 1820 Fernando VII no hizo nada por cumplir este programa esbozado por sus más fieles vasallos. Continuó indiferente a todo, viviendo una vida igual a lo que fué la de su padre, con lo que disgustó a todo el pueblo: a los realistas, por no haber seguido sus consejos; a los liberales, por el absolutismo de que hacía gala y por haber dejado incumplida la Constitución de 1812. No es, pues, muy extraño que en 1820 Riego se alzara en Cabezas de San Juan para proclamar de nuevo el citado Código político, que se apresuró a jurar el Deseado Fernando, con su célebre "Marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional...". El liberalismo en el Poder anuló por completo la debilitada voluntad regia, haciendo gala de un extremismo desaforado, que exigió, para dar cumplimiento a los acuerdos de la Santa Alianza, la intervención de los Cien mil hijos de San Luis, que acabó con tal estado de cosas, reponiendo en el trono al hijo de Carlos IV.

ANTECEDENTES INMEDIATOS: ALZAMIENTOS REALISTAS EN NAVARRA Y CATALUÑA

El antecedente más inmediato a las guerras carlistas se encuentra en los alzamientos realistas de Navarra y Cataluña, tras el golpe de Riego en Cabezas de San Juan. Estos dos leales reinos—luego tan unidos a la historia del carlismo—no pudieron soportar impasiblemente las vejaciones de que se hacía objeto a Fernando VII. Aún más que por afección a la persona del monarca, por respeto y sentimiento íntegro de lo que significa la realeza.

Casi después de la proclamación de Riego—el 14 de abril de 1820—hay en Pamplona una intentona realista contra las posiciones dadas por los recién alzados al Poder con objeto de obligar al cumplimiento de la Constitución de 1812. Al mismo tiempo, en la Corte, en Madrid, hay diversas conjuras para devolver sus prerrogativas al rey. Pero todas fracasaron, unas tras otras, sin conseguir su objetivo. Un día—el 6 de septiembre—, al volver Fernando VII a Palacio, sus leales, apostados en las inmediaciones, gritan, lo que se consideró subversivo y contrario a los principios constitucionales: "¡Viva el rey!". Esto provoca una situación delicada, que tiñe la jornada con tonos sangrientos. El mismo monarca pretende de alguna forma recuperar su autoridad; pero descubiertas sus intenciones, es amonestado, y entran en un mayor grado de vigilancia su persona y sus actos.

Los chispazos realistas se producen en distintos lugares. En Alava se alza el comandante Juan Bautista Guergué—después segundo jefe del Ejército realista de Navarra—, y pronto recibe la incorpora-

ción de una partida formada por el cura Foronda; pero sus fuerzas fueron disueltas. En enero de 1821 se subleva en Castilla la Nueva el teniente coronel Manuel Hernández, que es hecho prisionero y conducido a Madrid. El capellán real Matías Vinuesa—conocido por el cura de Tamajón—es también acusado de conspiración, y los guardias de Corps cargan un día contra la turba que grita: "¡Viva el rey constitucional!". Hay sangrientos sucesos en Málaga, Granada, Sevilla, Valencia y Galicia. Pero donde de una forma más uniforme y continuada se producen estos alzamientos es en Navarra y sus contornos. En Tudela, Tafalla y Corella el pueblo impide la predicación de la Constitución en los púlpitos de las iglesias. En los montes de Burgos actúa con ciertos éxitos el famoso cura Merino; en Lapoblación (Navarra), *Juanillo,* antiguo sargento, y en la Rioja, el cura Salazar. Aunque las fuerzas constitucionales logran dispersar estos núcleos, pronto toman de nuevo efectividad, máxime cuando acude a la zona un representante de la Junta realista recién creada en Navarra, Francisco Benito Eraso, para darles ánimos y anunciarles un levantamiento general. La llegada de nuevas fuerzas de las milicias nacionales a Pamplona, "para sujetar a Navarra", indignó a la población, y hasta el alcalde de la capital protestó ante el jefe político por la medida adoptada. Los "pamplonicas" apedrearon en diversas ocasiones los desfiles de los constitucionalistas. Mientras, en el campo, cundían las guerrillas realistas: Aizquibil en Alava, Gorostidi en Guipúzcoa, Merino en Burgos, *el Abuelo* en Toledo, Morales en Avila y *Jaime el Barbudo* en Murcia.

Los grandes acontecimientos se avecinan. "Fué el día 11 de diciembre de 1821 —dice don Andrés Martín en su crónica— cuando los católicos de este reino—Navarra— salieron al campo diciendo con los Macabeos: Más vale que muramos en la guerra que ver tantos males como padece nuestra gente. Entonces juraron defender hasta morir los intereses de Dios, los derechos del rey y las leyes patrias del suelo natal. Año y medio de despojos, de violencias y de abominaciones de todas clases emanadas de un Gobierno, el más torpe, intruso y criminal, hizo apurar el sufrimiento de los leales navarros y acelerar el tiempo señalado para su levantamiento general" (citado por Rafael Gambra Ciudad).

No tardó mucho—no más de cuatro meses—en alzarse también en armas, con partidas realistas, el norte de Cataluña. El 21 de abril de 1822 se apoderan estas fuerzas de Olot, y poco después Cervera y su comarca se unen a los sublevados —mayo de 1822—, tras la entrada de las partidas mandadas por Romagosa y *el Trapense.* La aproximación entre navarros y catalanes se hace cada vez más efectiva, teniendo frecuentes comunicaciones sobre el estado de las respectivas partidas. Las relaciones e influencia de las Juntas de estos alzamientos llegan hasta Francia, donde pretenden adquirir armas, que les son tan necesarias. Al no ser esto posible, el primer armamento en serio de los realistas navarros se hace con una partida de quinientos fusiles cogidos al enemigo. En Barasoaín se armaron trescientos jóvenes, que pronto subieron a quinientos, y a las órdenes de Santos Ladrón y Juan de Villanueva marcharon a las montañas de Estella y al valle del Roncal para iniciar su acción guerrera. Este primer intento serio y orgánico de levantamiento fracasó, pues, aspeados sus hombres de

huir a las persecuciones, luchando contra la inclemencia del tiempo, muy pródigo en lluvias y nieves, fueron batidos, y la mayor parte muertos, a manos de las tropas gubernamentales.

Fracasado este primer intento, no por ello se desanimaron sus jefes responsables, que pasaron a Francia y comenzaron a trabajar para que fuera posible un nuevo alzamiento, mejor preparado y con mayores posibilidades de éxito. Se nombró jefe de las fuerzas a Vicente Jenero Quesada, al que secundarían Santos Ladrón, Villanueva y Juan Bautista Guergué. Los partidarios realistas de la región navarra comenzaron el reclutamiento de jóvenes, que eran llevados sigilosamente a Irati. Pronto pudo formarse una compañía, llamada de Guardias Reales. Se estableció también una pequeña fábrica de municiones y se hicieron trabajos de fortificación. A todo esto, en la ribera, eran cada vez más frecuentes los disturbios y luchas entre los milicianos y los navarros. Romagosa cruzó al fin la frontera y alentó la conspiración con valor e inteligencia. En una de sus proclamas decía: "El objeto que he tenido en levantarme no ha sido otro que el defender la Religión y el rey", y para aclarar la conducta que debía presidir la acción de sus subordinados afirmaba: "El que defiende al rey y a la Religión debe procurar su subsistencia, pero no hacerse rico a costa ajena". Tras dictar otras ardientes proclamas la llamada Junta interina gubernativa de Navarra, el 12 de junio de 1822 entraron los jefes y oficiales del futuro Ejército Real de Navarra por el pico de Ori y concentráronse en Ochagavia, donde se hizo la organización provisional de las fuerzas. Definitivamente el Cuartel General quedó constituído en Uztarroz.

La primera victoria sobre el enemigo, lo que les dió gran aliento, la tuvieron las fuerzas realistas en Vidagoz, donde, después de rodear el pueblo durante la noche, cargaron sobre el enemigo a la bayoneta al grito de "¡Viva el rey!", haciendo más de cuarenta prisioneros y cobrando gran cantidad de material. Las fuerzas victoriosas las mandaba Santos Ladrón. Se inició por entonces una serie de marchas y contramarchas, por guerrillas o compañías, de las fuerzas realistas, que tuvieron como eficaz objetivo el hostigar y poner obstáculos constantemente al enemigo, sin darle tiempo para reahacerse. "Así cruzan los valles de la alta montaña, pernoctando sucesivamente en Erro, Lanz, Muzquiz e Ilzabe (Ollo); pasan de aquí a Lezaun y luego a Huarte-Araquil; recorren La Barranca y La Burunda (el gran valle del Araquil que une Navarra con Guipúzcoa) en varias direcciones. El día de San Fermín oyen misa en la venta de Urbasa, en la legendaria sierra de este nombre. Bajan después hasta Galdeano, pasan por el monte de Oteiza, donde burlan al enemigo, y al pasar por Añorbe se les une el primer grupo reclutado de caballería, con el que llegan a Echagüe. En este pueblo encuentran, el 11 de junio, el batallón que en quince días había reclutado e instruído Villanueva en la comarca de Aibar. Esto permite a Quesada y a los suyos tomar un pequeño descanso en Leache, donde acampan después de las agotadoras marchas que habían tenido que realizar" *(Rafael Gambra Ciudad).*

Pero las dificultades no tardaron en aparecer. Era raro que no aparecieran en una lucha tan desigual, en la que un grupo de idealistas se oponía a un Ejército regular bien equipado, armado y aprovisionado. Merced a la ayuda de los Ayun-

tamientos cercanos a los lugares donde ocurrían los hechos podía continuarse la proeza. Los voluntarios llegaban en grandes masas, y se organizaron nuevas expediciones, como la que fué por Estella y las Amescoas hasta Alsasua y Burguete; la que siguió por Sos y las Bárdenas, con el objetivo de caer sobre Tudela, que no llegó a realizar, y la marcha victoriosa sobre Amandoz, que ocupó.

LA REGENCIA DE SEO DE URGEL

Los defensores del Altar y del Trono se habían alzado también en Cataluña. Antonio Marañón, *el Trapense,* marchó desde el antiguo principado hacia Navarra para ponerse de acuerdo con la Junta allí constituída y realizar una acción conjunta en aquellos dos pedazos de España. Por su parte, el audaz guerrillero ya se había apoderado, con los escasos voluntarios con que contaba, de Berga y Solsona. Una vez de acuerdo con Romagosa intentaron la ocupación de la fuerte plaza de Seo de Urgel, acción que sería importantísima para la causa realista. Como no tenían casi municiones para apoderarse de la plaza fuerte, iniciaron un combate contra Peramola, donde consiguieron las armas y municiones que necesitaban. Todos los pueblos de los alrededores ayudaban a los realistas proveyéndoles de lo necesario, a cuyo fin funden todo el plomo y estaño que encuentran para hacer cartuchos. El 21 de julio de 1822 cayó al fin en poder de los realistas Seo de Urgel, que había sido aislada por los voluntarios que seguían *al Trapense,* que, llevando en su mano un crucifijo, gritaba: "¡Viva la Religión! ¡Viva el rey!". El 15 de agosto se proclamó solemnemente una Regencia, por entender que Fernando VII era un cautivo de los liberales. Estaba constituída por el marqués de Mataflorida, don Jaime Creus, arzobispo preconizado de Tarragona, y el barón de Eroles. Desde entonces las fuerzas realistas fueron llamadas el EJÉRCITO DE LA FE y se izó como bandera una que ostentaba las armas reales en un lado y la Cruz en otro, y la divisa *In hoc signo vinces* y la de "Por Dios, el rey y la Patria".

El Trapense fué encargado entonces de levantar en armas el Alto Aragón, y así realizó una expedición victoriosa, aunque luego lanzara el jefe constitucionalista de Aragón todas sus fuerzas contra el diminuto Ejército y se viera precisado a internarse en Navarra por Sos del Rey Católico. Reforzada la división del Ejército de la Fe, tras leve descanso, marchó de nuevo a Urgel, a ponerse a disposición de la Regencia, adonde tampoco tardó mucho en acudir una representación de la Junta de Navarra para prestarle acatamiento. La expedición del *Trapense* se dirigió a Tremp, donde la pasó revista el barón de Eroles, regente y general en jefe del Ejército Real de Cataluña.

Poco después tiene lugar una de las acciones más importantes de esta pequeña guerra de los *precarlistas,* como les han llamado Melchor Ferrer, Domingo Tejera y José F. Acedo. En torno a Benabarre se realiza la batalla, en la que los realistas, aunque inferiores en número, dieron gran-

des muestras de valor y arrojo. Tanto es su coraje, que los constitucionalistas mandados por Tabuenca, agotados, empiezan a ceder, hasta que huyen despavoridos, dejando el suelo sembrado de cadáveres, la documentación de su división y dos piezas de artillería.

Mientras, los navarros seguían oponiéndose con gran tesón, impulsados y sostenidos por la fe de la Junta que seguía residiendo en Ochagavia. Idos los principales núcleos de voluntarios con *el Trapense* a Cataluña, fué preciso crear nuevas unidades, a las órdenes del teniente coronel Arredondo, que hicieron fracasar los desesperados empujes de las constitucionalistas de Pamplona, aunque tuvieron que retirarse a las peñas de Aburrea; pero sus contrarios, cansados, también desaparecieron del campo. Sucesivamente Arredondo tuvo las victorias de Barasoain y Estella, y sufrió un contratiempo en Isasa.

El 19 de octubre volvió a Navarra, desde Cataluña, la División Real, y a ella se unió Arredondo con los suyos. Se dispuso una expedición contra Vitoria, pero fracasó, y el mismo Arredondo fué hecho prisionero y degollado por el enemigo. El mando de los realistas, que había llevado Quesada, pasó entonces a Santos Ladrón, que logró poner en pie de nuevo a las fuerzas realistas.

El Gobierno de Madrid, irritado por estas sublevaciones, puso en juego toda su fuerza para acabar con los realistas, emprendiendo una guerra sin cuartel. Hubo grandes golpes de audacia, como el que llevó a las puertas de Zaragoza al *Trapense;* pero, en general, las cosas van mal para los realistas, que a duras penas se sostienen sobre la tierra que pisan; aun así hubo algunos éxitos de importancia, como la toma, por Santos Ladrón, de Huesca, ciudad que le recibió con todos los honores. El valiente guerrero aún se atrevió a poner cerco a Pamplona, prohibiendo todo comercio con la ciudad. En estas acciones intervinieron dos célebres personajes de las guerras carlistas: Tomás Zumalacárregui, genio militar, y Miguel Gómez, que llevó sus soldados desde Navarra hasta Algeciras.

Las cosas no iban nada bien en Cataluña, donde incluso Seo de Urgel había caído en poder de los constitucionalistas liberales. De todo ello parecía compensar el éxito de la División de Navarra, que en las afueras de Pamplona causó una gran derrota al enemigo, que dejó cuatrocientos muertos, y al que se hicieron setecientos prisioneros. De esta acción dice don Andrés Martín: "Tal es la imagen que presenta esta prodigiosa batalla del 26 de marzo, que podrá contarse muy semejante a las de las Navas, Covadonga y Clavijo, en que los cristianos, asistidos por el Señor de los Ejércitos, triunfaron de la falange africana enemiga de su nombre" (citado por *Rafael Gambra).*

Poco después, el 7 de abril, entran en España los Cien mil hijos de San Luis, al mando del duque de Angulema, que en sus expediciones militares utiliza como vanguardia del Ejército las milicias realistas divididas en tres divisiones: Navarra, mandada por el conde de España; Vascongada, a cuyo frente va el realista Quesada, y la de Cataluña, que manda el antiguo miembro de la Regencia de Urgel, Eroles.

Señalemos aún cómo en muchas comarcas se formaron Juntas realistas que, con mejor o peor fortuna, ayudaron a las guerrillas que defendían la causa de Dios, la Patria y el rey.

LA SUCESION LEGITIMA DE FERNANDO VII

Una vez vuelto al trono de sus mayores Fernando VII, se olvidó bien pronto de cómo, a la situación que había padecido, le llevaron, antes que nada, sus propios errores, el haber seguido la política absolutista de su padre y no haber atendido las peticiones de los diputados que firmaron el "Manifiesto de los persas". Continuó por idéntico camino, sin pararse a meditar sobre los ideales de aquellos que, queriéndole bien, habían luchado en Navarra y Cataluña por la restauración de los ideales y las instituciones tradicionales. La desilusión entre los realistas se hizo cada vez mayor, y nadie pensó seriamente en que el antiguo *Deseado* pudiera llevar a cabo una obra eficaz que pacificara los espíritus y diera orden y prosperidad a los reinos. Pero bien sabían que el infante don Carlos María Isidro, sucesor de su hermano según las leyes vigentes, no era del mismo parecer que Fernando VII y cómo le aconsejaba a cada paso bien distintamente de lo que obraba. Sin embargo, la influencia de su esposa María Cristina y de su cuñada Luisa Carlota—ésta fundadamente ligada a la masonería—le llevaban por derroteros fáciles, y les atendía por encontrarse su voluntad bien debilitada.

Muchos realistas se fijaron entonces en la figura del infante don Carlos María Isidro, aunque él desechara tomar parte en las intrigas que se venían realizando. En agosto de 1824 fué descubierta en Zaragoza la primera conspiración "carlista", a cuyo frente se hallaba el mariscal de campo Capapé, que había luchado en el Ejército de la Fe. Aparte de estos chispazos "carlistas", los hubo también realistas, como el de los *mal-contents,* en Cataluña, que se sublevaron proclamando a Fernando VII rey absoluto de España.

Entre estos constantes choques surge la cuestión importante de la sucesión al trono, que va a ser ocasión de las guerras carlistas. La sucesión femenina estaba asegurada en la legislación y en la tradición española desde muy antiguo, y había sido recogida en la Ley de Partidas, pero Felipe V, al subir al trono de España, introdujo la costumbre francesa—recogida en 1713 en la Ley Sálica—de excluir a las mujeres de los derechos de sucesión a la Corona. Carlos IV, en 1789, había estudiado la posibilidad de volver a la situación anterior y devolver a las presuntas herederas sus derechos; sea lo que sea, lo cierto es que dicha posibilidad no fué recogida en ley, con lo que continuaba la exclusión de las mujeres al Trono. Fernando VII, por estímulos fáciles de adivinar, ordenó, en marzo de 1830, la publicación de la Pragmática Sanción, que volvía al sistema de Partidas, y, por tanto, creó la posibilidad de que su descendencia femenina se ciñera la Corona. Más tarde los realistas consiguieron, es el 18 de septiembre de 1832 y el rey se encontraba en grave peligro de muerte, que se derogara la Pragmática y, excluyendo a las mujeres, vuelve a ser sucesor de Fernando VII su hermano el infante don Carlos María Isidro. Diez días después, el 28 de septiembre de 1832, nuevamente se desdice el monarca bajo la presión de su mujer y de su cuñada Luisa Carlota—herma-

na de su mujer y esposa de su hermano, el infante don Francisco de Paula—, y hace a las infantas sus sucesoras.

Vistas así las cosas, todo podía ser un mero forcejeo entre los partidos de la reina María Cristina y del infante Carlos María Isidro, pero parecería extraño que esta lucha apasionara como apasionó a los españoles y les llevara a una decisión que, como ha dicho Federico Suárez Verdeguer, perdurará durante siglos y marcará el triste final de Isabel II y de Alfonso XIII. Lo cierto es que la reina y el infante representaban dos tendencia ideológicas, dos maneras distintas de entender la vida y el mundo: la liberal y la realista, ahora ya carlista. Para que todo sea más claro, traigamos aquí lo que sobre el marido de doña Luisa Carlota, hermana, como se sabe, de doña María Cristina, e impulsora máxima de la facción anticarlista, dice Pierre Luz: "¿Quién es Luisa Carlota? Es sobrina y cuñada de Fernando VII e hija de la infanta María Isabel, de quien ya hemos tratado aquí. Y, además, está casada con el infante Francisco de Paula. Este, de quien se habló de su origen sospechoso, ha entrado en la masonería—bajo el nombre de Dracón—desde la edad de veinticinco años, ocupando en ella un lugar importante. (En 1836 será oficial gran comendador y después de 1840 presidirá temporalmente el Gran Oriente español.) A él se debe, sin duda, que la ley de 1825, que castigaba con la muerte a los masones activos, no fuese nunca aplicada. Entre el trono y él hay cuatro príncipes: don Carlos y sus tres hijos. No pudiendo llegar a ser rey, tiene interés en que Fernando VII tenga un heredero directo, pues durante la larga minoría de edad de éste los liberales encontrarán fácilmente ocasión de tomar la dirección del Gobierno, sobre todo si la viuda de Fernando ha dado prenda a los liberales y a la masonería" *(Isabel II)*.

Con estas claras palabras del imparcial historiador Pierre Luz queda bien de manifiesto la maniobra que se proyectaba, y que los realistas no estaban dispuestos a consentir, pues sus esperanzas se habían concentrado en don Carlos, que había dado muestras de su carácter entero y de su adhesión a los principios tradicioles. Siguiendo por la pendiente del debilitamiento de su voluntad y de la dejación de funciones en manos de María Cristina, el 4 de enero de 1833, la asoció al Trono —cosa inaudita—, pasando, como era de suponer, la autoridad a manos de doña Luisa Carlota, que inició una labor de apartamiento de las funciones meramente administrativas o militares de todos los que supone de doctrinas realistas, preparando así la etapa que vendrá después. En vista de la situación, el 16 de marzo de 1833 don Carlos abandonó España y se internó en Portugal. El 4 de abril se publica un decreto fijando para el mes de junio la jura de doña Isabel como princesa de Asturias. Don Carlos fué llamado para que le prestara acatamiento, pero, como es natural, no se presentó. El 29 de septiembre de 1833 murió Fernando VII. Su cuerpo reposaba en El Escorial, pero la guerra había comenzado entre realistas y liberales, carlistas y cristinos. La cuestión jurídica de la legitimidad fué la ocasión y el hecho determinante, y nada más, pues, como ha dicho el conde de Rodezno: "Si Don Carlos hubiese abrazado los principios de la Revolución y Doña María Cristina los de la tradición monárquica pura, los liberales hubiesen invocado la legitimidad agnaticia de los Borbones, y en

las montañas de Navarra se hubiese defendido—y no por primera vez—el derecho de sucesión de las mujeres". Como una prueba más, el manifiesto de 14 de octubre de 1833 define ya claramente la posición liberal de la Reina Gobernadora. En contra se alinean todos aquellos que habían defendido en las Cortes de Cádiz, en el Manifiesto de los persas, en el Ejército de la Fe, en las algaradas de los *mal-contents*, el Altar y el Trono, las Cortes tradicionales representativas, los usos, fueros y libertades consubstanciales con los pueblos de España.

LA GUERRA DEL NORTE: ZUMALACARREGUI

El 1.º de octubre de 1833 hizo público el ya rey Carlos V un manifiesto, en el que decía que no ambicionaba el trono, pero que "la religión, la observancia y cumplimiento de la ley fundamental de sucesión y la singular obligación de defender los derechos inprescriptibles de mis hijos y todos mis amados sanguíneos me esfuerzan a sostener y defender la corona de España del violento despojo que de ella me ha causado una sanción tan ilegal como destructora de la ley que legítimamente y sin alteración debe ser perpetua".

El 3 de octubre el Administrador de Correos de Talavera de la Reina, don Manuel María González, dió el primer grito de "¡Viva Carlos V!", y alzándose con las tropas realistas depuso a las autoridades e hizo solemne proclamación de Carlos como rey legítimo de España. Pronto pagó con la vida, en unión de sus compañeros, el honor de ser quien primero diera tal grito. Pero la hoguera estaba encendida, y el viento soplaba fuerte para que tomara consistencia. A poco había insurrecciones y levantamientos en las dos Castillas, Galicia y Extremadura, cuyas guerrillas fueron dispersadas. Donde más consistencia tomó la lucha fué en Vascongadas, Navarra, Cataluña, Aragón y Valencia, o sea, como dice un escritor, las provincias más ricas, ilustradas y progresivas. El 5 de octubre se proclamó rey a Don Carlos en Bilbao por Zabala, Valdespina, Baliz, Bengoechea y La Torre, y en Vitoria por Berástegui, Uranga y Villarreal. El cura Merino hizo la proclamación en Burgos, y en Navarra Santos Ladrón, que llegó a tal fin desde Valladolid, incorporándose fuerzas en el camino, pero en una de las primeras escaramuzas, todavía sin preparar su tropa, fué hecho prisionero y fusilado.

La lucha en la región vasconavarra tiene un nombre: Tomás Zumalacárregui, cuyas operaciones tácticas, por su indiscutible talento militar, se estudian todavía en los principales centros de formación de oficiales del mundo. Había nacido el 29 de diciembre de 1878 en Ormáiztegui (Guipúzcoa). A los dieciocho años ingresó voluntario, durante la guerra de la Independencia, bajo el mando de Mina, con la categoría de cadete. Pronto fué capitán, cuyo grado ostenta en 1822 todavía. Poco después, en el Ejército realista de Navarra, en 1823, se le confió el mando de dos batallones. Después fué ascendido a coronel y rigió sucesivamente diversos regi-

mientos, distinguiéndose por sus condiciones de mando y su prontitud de reacción ante los problemas militares. Cuando la expulsión de los carlistas fué destituído, y se retiró a Pamplona. El 29 de octubre de 1833 logró escapar de la ciudad y unirse a los carlistas, consiguiendo bien pronto el mando de las fuerzas de la región, que le adoraban y le llamaban familiarmente "Tío Tomás". Pronto solicitaron su ayuda los guerrilleros que operaban en las provincias vascongadas, que le ofrecieron el mando. Con todos ellos dió su primera batalla a las fuerzas liberales, mandadas por Oraa y Lorenzo, que se decidió a su favor. Dividido su ejército para ello en varios grupos mandados por Ichaso, Iturralde, Zubiri y el propio Zumalacárregui. Los liberales se desperdigaron en busca de unos y otros carlistas, quedando solamente protegido de la persecución el genial guerrero, que, una vez libre, cayó contra Orbaiceta, apoderándose de un cañón, doscientos fusiles, cincuenta mil cartuchos y otros muchos efectos militares (27 de enero de 1834). La segunda gran victoria sobre Oraa la obtuvo el 18 de febrero de 1834 en Urdániz y Zubiri.

Madrid mandó entonces un nuevo general para acabar con el predominio carlista en el norte, Quesada, que ingenuamente propuso una transacción a Zumalacárregui, quien reunió a sus jefes y oficiales para hablarles de la propuesta y de las dificultades que ofrecía el futuro, pero todos prometieron ayudarle en la empresa de poner en el trono de España a Don Carlos. La respuesta fué la toma por las fuerzas de Zumalacárregui de la ciudad de Vitoria (16 de marzo de 1834). Poco más tarde cruzaba el Ebro y entraba en Calahorra, haciendo marchas y contramarchas. Al fin, Quesada creyó tenerlo en las manos, tras haberle puesto un duro cerco para que no lograra escapar, y cuando reacciona se le ha ido sigilosamente y le ataca por otro flanco.

En este momento la situación general es así: En Vascongadas luchan contra Espartero los jefes carlistas Luqui, Zabala, Castor, La Torre y Andechaga; en Aragón, Carnicer, Quílez y *el Serrador* se las tienen tiesas con los isabelinos; en el Maestrazgo y sur de Aragón se inicia la buena estrella de Cabrera; en la Rioja, Basilio García obstruye los movimientos de los cristinos de Torrecilla a Balorado. Cuesta —que luego será fusilado—hace pequeñas correrías por Extremadura; en la Mancha, Asturias y León pequeños núcleos luchan como pueden con la esperanza de unirse a los fuertes núcleos carlistas; en Galicia se espera para dar la orden del levantamiento general la llegada de un barco que les lleva 2.500 fusiles y que es apresado por los ingleses. Zumalacárregui, con las primeras victorias, intentaba sacar partido organizando rudimentariamente su retaguardia, creando fábricas de municiones y armamento.

El 22 de abril Quesada intentó un golpe desesperado para acabar con Zumalacárregui; pero, detenido por éste en Alsasua, sufrió una grave derrota, que le obligó a retirarse bajo la persecución de los carlistas. Esta derrota irritó de tal forma a Quesada que inició una lucha feroz, vengándose de sus fracasos con el fusilamiento de cuantos carlistas caían en sus manos, ensangrentado así duramente las ciudades, en las que hasta pacíficos ciudadanos eran sacrificados por su odio. Zumalacárregui contestó virilmente a estas cobardes provocaciones, persiguiéndole en el campo de batalla. El 26 de mayo, en Muenz, le infligió tal derrota que hasta los objetos de

su uso personal fueron a parar al general carlista.

Para humillarle todavía más, tras una marcha inútil de Quesada al Baztán para apoderarse de la Junta Carlista de Navarra, colocó las fuerzas de tal forma que por dos veces le obligó a rectificar la dirección de su marcha, y cuando el cristino creyó cogerle entre dos fuegos por haber hecho salir una columna desde Pamplona, Zumalacárregui le burló con una hábil maniobra que fué elogiada hasta por los mismos oficiales isabelinos. Sobre el sistema de guerrear de Zumalacárregui ha escrito C. F. Henninsingen: "Además de llevar a cabo una guerra de sorpresas, el sistema de Zumalacárregui era el de luchar siempre donde no pudiera perder, y presentar batalla en cualquier lugar favorable, a veces con un puñado de hombres. Generalmente, escogía posiciones que eran difíciles de desalojar; las defendía obstinadamente, hasta que el enemigo estaba a punto de cogerle de flanco, lo que casi siempre impedía la llegada de la noche. Si la posición era reforzada, lo era a costa de un gran sacrificio, y entonces ordenaba una retirada, que más bien parecía una huída por su rapidez, con la diferencia de que las compañías y batallones huían todos juntos y en orden, estando los oficiales en sus lugares respectivos, y siempre sin perder ni un fusil. Casi siempre, en estos casos el general era el último de su pequeño ejército en retirarse. Si el enemigo intentaba perseguirlo era detenido por unas pocas compañías, que enfilaban los angostos caminos y cubrían la retirada. Estas eran rechazadas por nuevos tiradores, que se veían obligados a avanzar con mucha precaución, pues cada uno de los carlistas estaba oculto por una roca, el tronco de un árbol o las matas verdes que abundan en aquel país; entretanto, los carlistas, permaneciendo quietos y sin ser vistos, disparaban con certera puntería a los que avanzaban. Cuando, al fin, su situación se hacía peligrosa y sus adversarios les amenazaban de cerca, estas compañías, cuyo número era imposible saber, escapaban fácilmente. Cada hombre, como un zorro o un lobo, atravesaba colinas y valles, rocas y desfiladeros, y a la noche se unía con sus camaradas, que para entonces se habían retirado con rapidez, tan lejos, que hubiese sido imposible alcanzarlos. Si había alguien lo bastante atrevido para seguirles encontraba la retaguardia esperándole en orden, y, donde hubiera alguna llanura o meseta, a la caballería carlista, dispuesta de tal modo que cargaría sobre ellos antes de que pudieran formar en el espacio libre.

Por la noche el ejército carlista ocupaba siempre cuatro veces más pueblos que sus adversarios, porque no temían extender su línea, pues estaban al abrigo de una sorpresa, debido a la información que mantenían a través del país sus espías y partidas. Todo sucedía normalmente—los soldados recibían sus raciones enteras—, mientras que los enemigos, que tal vez habían soñado con una victoria, se veían obligados con frecuencia a vivaquear en la montaña o a ocupar un pueblo miserable que no podía ni siquiera albergar a sus soldados; los hombres morían de frío y siempre escaseaban el pan, o la carne, o el vino, y, a veces, todas sus raciones. De noche no se atrevían a moverse ni para retirarse, y al día siguiente, si avanzaban, encontraban al infatigable jefe ocupando

una posición parecida una o dos millas más allá. Si se retiraban, él picaba su retaguardia. Así, pues, no había proporción entre las pérdidas de los carlistas y las de los cristinos; éstos últimos, por tanto, en caso de éxito sólo obtenían el vano honor de haber conseguido, a costa de muchas vidas, el poder ocupar un lugar sin importancia".

DON CARLOS, EN ESPAÑA

Paso importante para levantar el ánimo de sus leales fué la llegada a España de Don Carlos. El 12 de julio Zumalacárregui pudo ponerse personalmente a las órdenes de su soberano. Martínez de la Rosa comentó el suceso despectivamente en el Congreso con la frase tan conocida de "un faccioso más"; pero este faccioso valía por mil, pues la fuerza que daba a sus leales el hecho de que se hubiera decidido a tomar posesión de sus reinos era inmensa.

Mientras tanto el Gobierno de Madrid había sustituído a Quesada por Rodil, que creía asegurado su triunfo sobre Zumalacárregui, y era impotente para detener al populacho suelto que asaltó los conventos, tras el bulo propalado convenientemente de que eran los frailes autores de una peste que propagaban las aguas, que ellos habían envenenado.

Los triunfos carlistas sobre el nuevo jefe cristino no se hicieron esperar. En Olazagutia, el 25 de julio, y en Artaza más tarde, los siete mil hombres de Rodil sufrieron un serio descalabro, que hizo ver al general liberal que las cosas no eran tan fáciles como se suponía. Poco más tarde, el 4 de septiembre, daba la primera ocasión a los lanceros de Don Carlos para que obtuvieran laureles, al conseguir una gran victoria sobre las fuerzas de Carandolet, en Viana, que fué ocupada por los carlistas.

El cura Merino había logrado también ensanchar sus dominios como comandante general de Castilla la Vieja, y desde su Cuartel general de Salas de los Infantes hacía frecuentes incursiones a las proximidades, llegando incluso hasta Aragón y dificultando las comunicaciones del Norte con la capital del Gobierno.

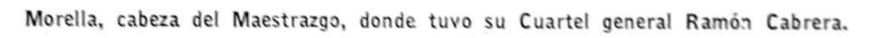
Rodil hubo al fin de ser sustituído por Mina, prueba patente de cómo el caudillo carlista del Norte desprestigiaba, uno tras otro, todos los mandos liberales. Cuando necesitaba armas o ropa para sus hombres iba a buscarlas donde las necesitaba, aunque fuera bien dentro de las líneas enemigas, y siempre conseguía lo que quería, por lo que pudo contar con un ejército capaz, que formaban las divisiones de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa. Las victorias del 27 y 28 de octubre, en las que los cristinos hubieron de huír hasta Vitoria, en cuyas proximidades quedaron los carlistas impacientes por proseguir la acción, valieron a Zumalacárregui su consagración definitiva como adalid de las tropas de Don Carlos, que recorrían en triunfo todo el territorio ya bajo su mando.

Un cristino, Córdova, fué mandado contra él, ya que, ansioso de ascender en su carrera, quería lograrlo a costa de humi-

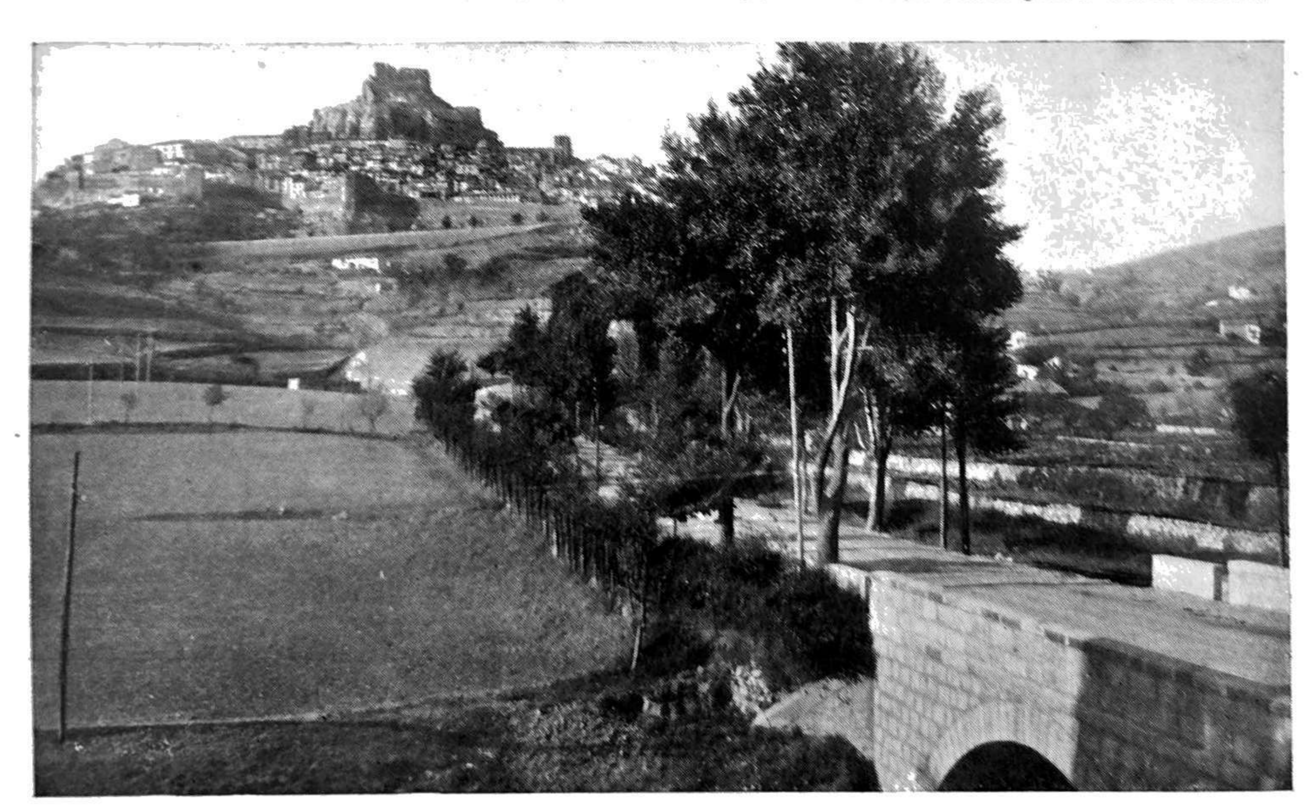


Carlos V.

Casa de Durango donde se alojó Don Carlos.

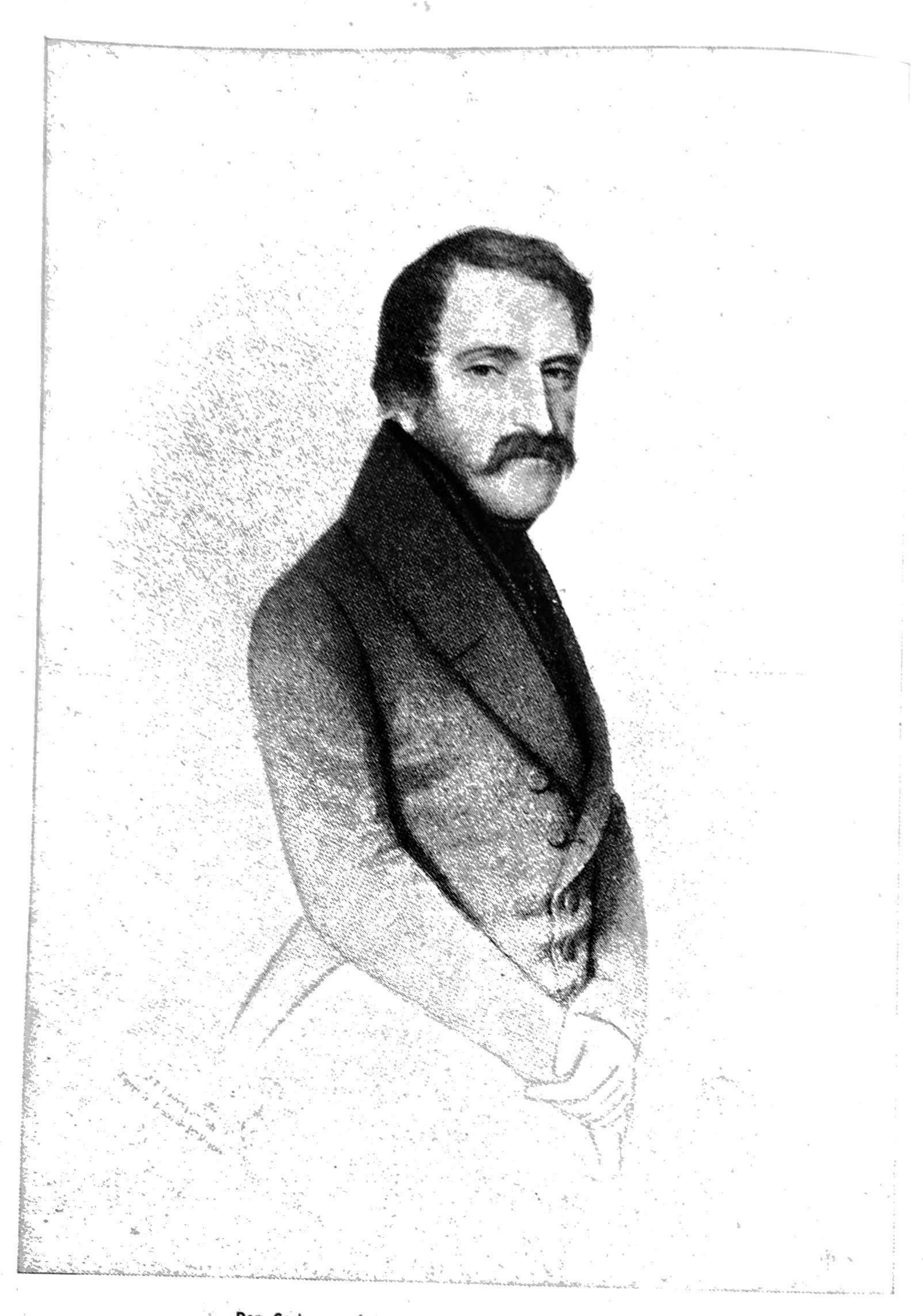


Morella, cabeza del Maestrazgo, donde tuvo su Cuartel general Ramón Cabrera.



General Zumalacárregui.

Ramón Cabrera Griñó.



Don Carlos, en época avanzada de su vida.

llar a Zumalacárregui. Esperó éste a su rival en los campos de Mendoza, y "dispuso con maestría la colocación de sus once batallones en el fondo del valle: Villarreal mandaba los tres del centro y 500 lanceros; Zumalacárregui, los cuatro de la derecha, y los cuatro de la izquierda Iturralde, que estaba oculto en la montaña para envolver al enemigo una vez trabada la acción; así, la posición de batalla de los carlistas era simulada, pues sólo aparentaron tener un frente de batalla de siete batallones—los del centro y derecha—. Córdova dispuso de 17 batallones, seis escuadrones y artillería. Entrando con su fuerza en el valle, marchaba hacia donde aparecían los hombres de Don Carlos cuando Iturralde tuvo un gran descuido: descubrió antes de tiempo sus tropas. Oraa fué rápido sobre él y rebasó la línea carlista. Todo el plan se vino abajo, Zumalacárregui vióse obligado a adelantar su centro y derecha y darles otra formación, pues de lo contrario ni hubieran intervenido en el combate. Quisieron corregir el contratiempo con derroche de arrojo y valentía. Peleóse con ardor y llegó a estar Cordova en situación muy apurada; pero la izquierda carlista comprometida desde el principio, no se podía sostener. Zumalacárregui emprendió la retirada, dejando el campo al liberal. Entre los heroísmos de aquel combate destacó el de un batallón, el más querido del jefe junto con el de Guías: era el tercero de Navarra y se llamaba el *Requeté*.

"Ambos adversarios quedaban frente a frente. Zumalacárregui esperó al otro lado del río, junto al puente de Arquijas. Córdova urdió un sabio plan para batirle: atacaría él por el centro y enviaría a Oraa para que por derecha e izquierda le envolviesen. Tuvo lugar el 15 de diciembre esta nueva batalla. Pronto advirtió el general del rey cuál era la intención de sus contrarios y se dispuso a impedirla. Lo consiguió. Como un león defendió el puente y ya había vencido a Córdova antes de que pudieran aproximarse Gurrea y Oraa. La acción fué sangrienta" (Juan José Peña Ibáñez).

Esta derrota convenció a Mina de que la dificultad de batirse con el carlista era grande. Lorenzo y Oraa quisieron vengarse de la derrota de Córdova y fueron a su vez derrotados, costándole su temeridad la vida al primero de ellos. La consternación isabelina fué en aumento cuando Mina mismo en persona, en el que se habían puesto todas las esperanzas, fué batido en los montes de Larrainzar y Donamaría. Tras estos descalabros, también Mina dimitió de su puesto, incapaz de remontar la empresa para la que había sido nombrado. Esto decidió que en la primavera de 1835 se celebrara una gran reunión de jefes liberales en Vitoria, bajo la presidencia del propio ministro de la Guerra, Valdés, para determinar lo que había de hacerse para vencer la situación en que se encontraban. Decidieron atacar a Zumalacárregui con una gran masa de hombres en el intrincado lugar de las Amezcoas. El general carlista fingió replegarse hacia el interior bajo el empuje isabelino, y Valdés le siguió creyendo perseguirle, hasta que, al llegar a un estrechamiento del terreno, fué recibido con un gran tiroteo, sin que pudiera retroceder. Buscó una salida hacia Estella, y al día siguiente—22 de abril—Zumalacárregui esperaba tranquilo el paso de su enemigo para darle batalla en el lugar que había elegido y que conocía perfectamente. Desalentados los cristinos hubieron de desperdigarse por bosques y selvas que no sabían dónde les

conducían, y donde eran atacados desde posiciones tomadas de antemano por los ejércitos del rey. Las pérdidas del enemigo en estas jornadas de triunfo fueron: 800 muertos, 600 prisioneros, 300 heridos, 3.000 fusiles y la mitad de la caballería. La siguiente victoria, sobre Espartero, dejaba el Norte en manos carlistas. Villafranca, Tolosa, Durango, Eibar... Parecía que la victoria estaba asegurada, y todos pensaban ya en la caída sobre Madrid. Zumalacárregui quería continuar la lucha en esta dirección por Vitoria y Burgos para penetrar en el centro de la Península y ofrecer a Don Carlos su trono. Pero los consejeros del rey opinaron que debía marchar sobre Bilbao, ya que ello podía significar préstamos extranjeros para proseguir la guerra con más elementos.

MUERE ZUMALACARREGUI

Zumalacárregui fué sobre Bilbao, plaza ya bloqueada por Eraso, ante la que se encontró el 13 de junio. Instaló sus baterías en Begoña, y consiguió abrir una brecha al día siguiente, pero comprendió que no tenía fuerzas suficientes para lanzarse al asalto, ya que la ciudad era defendida por 4.000 hombres. El 15 de junio, mientras inspeccionaba unas posiciones, fué herido en una pierna y cayó al suelo, siendo transportado por sus soldados a Durango, donde le visitó el rey, y más tarde a Cegama, donde se le reprodujo una septicemia que ocasionó la muerte del general el 24 de junio de 1835, a las diez y media de la mañana.

El ejército carlista quedaba huérfano de quien había sido su guía, su jefe y su padre bueno. Fué llorado por sus soldados como jamás lo ha sido jefe alguno. La alegría por el cerco y próxima toma de Bilbao, que se creía inminente, cesó. Parecía que todo sería distinto sin él. Y así fué. El elogio póstumo de Henningsen es bien significativo: "Con él, no sólo los carlistas, sino España, perdió un hombre como el que no se había visto otro durante largos años y como el que deseo pueda ver pronto". Pirala, de conocido criterio liberal, afirma en su *Historia sobre la guerra civil:* "Cuando la nación política ejerza menos imperio que hoy, cuando nuestros descendientes estudien la guerra civil, Zumalacárregui será considerado como una gloria nacional".

A los pocos días de muerto Tomás Zumalacárregui, el 1.° de julio, se levantaba el cerco de Bilbao, considerándolo inútil. Pero había costado la vida al general más prestigioso de los ejércitos de Don Carlos.

Sería falso, además de engañoso, querer circunscribir la acción de las fuerzas carlistas al noroeste de la Península. En todas las regiones se habían levantado partidas que, las más de las veces, sin jefes que las condujeran, deambulaban amparadas por las condiciones del terreno, pero haciendo simpre constar su adhesión a la persona de Carlos V. Estos grupos de guerrillas seguían una línea que mostraba bien a las claras la limpieza de su conducta. Habían sido guerrilleros contra Napoleón en 1808, formando parte del Ejército de la Fe en 1820 y ahora se sacrificaban nuevamente por los ideales, ansiosos de verlos triunfar.

En las tierras de Castilla la Vieja, en Burgos, la figura de más prestigio era el cura Merino, que tan tiesas se las tuvo contra el invasor francés, que conducía una gran partida cuyas andanzas se extendían bien lejos de su punto base; junto a él, Santiago Villalobos y Lucio Nieto contribuían a patentizar que aquella región también estaba dispuesta a luchar por su rey legítimo. En Toledo don Blas Romo, con un contingente de leales, amenazó seriamente Talavera de la Reina; así como Rodríguez Cano, Perfecto Sánchez y *Jerónimo* hacían lo mismo con Navalmorales y Navaloncillos. Cuenca supo de la fuerza del carlismo por la acción del canónigo Salazar, y León por la del guerrillero Francisco Hernández. En esta misma provincia Bernardo Alonso Gagi Cavias y *el Toresano* tuvieron claras victorias en Villamuñio y Bembibre. En Guadalajara una partida fué dispersa en Arbeteta, y los valientes y leales hermanos Salazar fueron fusilados en Cogolludo. Otro lugar en que la acción de las guerrillas era casi continua fué en la Mancha. Allí la falta de un jefe como Zumalacárregui, genio director de las fuerzas del Norte, impidió que los esfuerzos y actos heroicos de Adame *(el Lobo)*, Barba, Valiente, *Palillos*, Bermúdez, Ramírez, *el Lobito*, Tercero, Rompeer, Ventero, Carrasco, Muñoz, *el Gallego*, Junco, García de la Parra, Ossorio y Sánchez. El mando del brigadier Mir, desgraciadamente, fué episódico, y esto restó fuerza al carlismo del centro, que había dado el grito inicial de guerra.

También en Galicia las partidas carlistas se sucedían sin interrupción, y contribuían a distraer buen número de fuerzas cristinas. Allí fué jefe de la Junta Carlista el canónigo Martínez Villaverde, más conocido como el *arcediano de Mellid*, y el jefe militar más importante fué Antonio M.ª López. Las detenciones de personas que se creyeron complicadas con los soldados de Don Carlos fueron ininterrumpidas; en Lugo fueron encarcelados dieciséis estudiantes por tener indicios de que pensaban irse a la guerrilla. Los guerrilleros gallegos más destacados fueron Juan Bautista Viñas, *el Capador*, protagonista de la acción victoriosa de Arzúa; Guillermo Carballo, que de Orense a Lugo era dueño absoluto del camino, el coronel López y el comandante Ferreiro. En Asturias significó una gran pérdida la muerte de Francisco Suárez Baiña en los montes de Morión, ya que su nombre conseguía atraer voluntarios para la causa por su temeridad y arrojo. Asturianos de renombre fueron asimismo el coronel Arroyo y el capitán Flórez Sierra.

Andalucía fué escenario de las correrías de Becerra, que en Ardales (Málaga) levantó una partida por Don Carlos, que actuó en la serranía de Ronda. Cádiz tuvo su jefe guerrillero en el conocido con el nombre de *Don Antonio*. En las cercanías de Gibraltar actuaba el brigadier Salvador Malaila, y en otros lugares de la región el el coronel Javier de la Lastra y Andrés Monzón, *el Valenciano*. En Extremadura el teniente Francisco Lafuente, fugado de la cárcel de Cáceres, donde se encontraba por carlista, levantó gente armada, que colaboró con el ex guerrillero de la Independencia Feliciano Cuesta, que operaba en el sur de la región. Murcia está representada en esta época por el párroco de Molins, exaltado defensor de la causa. Para conocer los detalles de las guerrillas (véase la *Historia del Tradicionalismo español*, de Ferrer, Tejera y Acedo, de la que van publicados doce tomos).

Después de Zumalacárregui tuvo el mando del Ejército carlista el teniente general González Moreno, nacido en Cádiz en 1778, y que al iniciarse la campaña era capitán general de Málaga, que tuvo el serio contratiempo de Mendigorría, en que incluso estuvo en peligro el propio Don Carlos. Esto dió ocasión a una rivalidad entre Moreno y el general Maroto, que derrotó a Espartero en Arrigorriaga. Moreno fué sustituído en el mando por el general don Nazario Eguía, nacido en Durango en 1777, que defendió Cádiz durante la guerra de la Independencia de los ataques napoleónicos. Tuvo su primer éxito en Villarreal de Alava y Salvatierra, luchando contra los cristinos, en cuyas líneas iban la Legión Británica, mandada por el teniente general sir Lacy Evans, y la Legión Francesa, al mando del general Bernelle. Eran estas fuerzas extranjeras una especie de Brigadas Internacionales de entonces que actuaban, como siempre, contra la auténtica España; una prueba más de que la Historia se repite. Eguía continuó sus triunfos, incorporándose Valmaseda, Plencia y Lequeitio. Por entonces murió el heroico Sagastibelza, que sitiaba San Sebastián, de una bala inglesa, pues eran fuerzas británicas, apoyadas por la Marina de la misma nacionalidad, las que defendían la plaza.

Nuevos éxitos tuvo Eguía, secundado por Villarreal, Iturralde y La Torre; pero, por no secundar los planes de quienes rodeaban a Don Carlos en su corte de Oñate, pidió permiso por enfermo, siendo sustituído por Bruno Villarreal, natural de Larrea (Alava), donde nació en 1802; fué uno de los más valientes luchadores de los ejércitos realistas en 1820. Tras su primer triunfo sobre los cristinos en Villasana, se le nombró teniente general. El fracaso del tercer sitio de Bilbao—el segundo se inició en octubre del año en que murió Zumalacárregui y tuvo que ser levantado a los pocos días—y la derrota que infligió a las tropas carlistas Espartero, ahora ya conde de Luchana, bajó la moral de las tropas, y Villarreal dimitió su cargo. Fué sustituído como general en jefe de todas las tropas del Ejército del Norte por el infante don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, que había nacido en el Brasil el 11 de febrero de 1811. Todo este constante cambio de jefes no significaba otra cosa sino que había desaparecido el jefe indiscutible, y que difícilmente podía ser cambiado eficazmente. Sin embargo, los cristinos tenían ahora su jefe en el general Espartero, aureolado de gloria tras el éxito de Bilbao.

ORIAMENDI

El infante don Sebastián supo rodearse de antiguos jefes, cada uno lleno de prestigio ante sus soldados por un motivo diferente. Hizo a Villarreal su primer ayudante, a González Moreno jefe de su Estado Mayor, y secretario militar de campaña a Joaquín Elío. Fué esto lo que hizo posible la gran victoria de Oriamendi. Se debió al deseo de las tropas inglesas de romper el cerco que encadenaba férreamente a San Sebastián, que, tras un duro ataque, magníficamente soportado por los

carlistas, pudieron apoderarse de las alturas de Oriamendi, y las tropas de Don Carlos se replegaron en Hernani y el fuerte de Santa Bárbara. Cuando era más difícil su situación apareció un fuerte contingente carlista al mando del propio Infante, y en el que iba, entre otros jefes, Villarreal, que alentó a sus soldados con el grito de "¡A morir; vamos, arriba!", los cuales tomaron las posiciones enemigas sin temor a la lluvia de balas que caía sobre ellos. Con un coraje insuperable los carlistas avanzaron derechamente hacia el corazón de la resistencia enemiga con los gritos de "¡Viva Don Carlos!" y ¡Aurrera, mutillac! (¡Adelante, muchachos!), haciendo huir despavoridos ante su escalofriante valor a los ingleses de Evans, que eran pasados a la bayoneta con furia en cuanto pretendían oponerse. El famoso himno de Oriamendi tiene aquí su origen, aunque las versiones sobre el mismo sean distintas y contradictorias, pues aún hay quien afirma que era un himno liberal para celebrar el triunfo de la batalla, que fué encontrado al enemigo y modificada su letra, que hoy reza en su estribillo, tan popular:

Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharon nuestros padres.
Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharemos nosotros también.

Después se organizó la famosa expedición real que, tras atravesar gran parte de la Península, llegó hasta las puertas de Madrid; punto culminante de esta primera guerra carlista.

ORGANIZACION Y UNIFORMES CARLISTAS

Conviene fijar algunas ideas sobre el Ejército carlista. Su organización era bien rudimentaria; aunque había una especie de ministro del Ejército, su intervención verdadera sobre las unidades era bien escasa, y actuaba más como contrapeso cerca del rey que como eficaz medio de que cada jefe tuviera bien dispuestos sus haberes y aprovisionamiento para rendir con eficacia en la batalla. Todo lo suplía, como tantas otras veces en España, la fe y buena voluntad de los capitanes y soldados, que ofrecían gustosamente cuantos sacrificios eran precisos por el triunfo de la causa. Su afán era la victoria, y a ello supeditaban todo, sin importarles las estrecheces y calamidades que padecían tantas veces sólo por falta de una eficaz administración. "Los oficiales—dice Juan José Peña—cobraban media paga, y un tercio de ella los jefes. Bellas combinaciones estratégicas no dieron a veces fruto por faltar la munición. Millares de voluntarios esperaban que hubiese armas para ellos. No se hable de uniforme, el cual tardó mucho en existir; cada uno iba como podía, frecuentemente roto, a menudo con prendas cogidas al enemigo, pues las Juntas sólo daban camisas y alpargatas. Puede decirse que el primer uniforme carlista fué la boina, blanca, roja o azul, según las unidades; la boina roja, que en tan alto símbolo se había de convertir, empleóla Zumalacárregui, luego los oficiales

y pronto se dió al glorioso batallón de Guías." Según las noticias recogidas de diversas procedencias por Mariano Tomás, la uniformidad del Ejército de Cabrera era: "Los granaderos visten chaqueta azul con vivos amarillos y boina azul con borla encarnada; pero la borla de los fusileros es blanca, y amarilla la de los cazadores; todos visten pantalones de lienzo blanco. La caballería se uniforma con chaqueta azul, boina roja y pantalón de paño"; la artillería viste chaqueta y boina azules con vivos rojos.

Por su parte las distintas descripciones de Lichnowski nos diece cómo el primer carlista que vió era un centinela, "mozo fuerte y grueso, con los cabellos largos, cubierto con boina azul, adornada de una larga borla, con sandalias y una canana en la cintura; llevaba pendiente de un cordón de seda rodeado al cuello un saquito que contenía reliquias, y el escapulario que todo español lleva siempre consigo porque tiene puesta en él su fe y su confianza". El Cuerpo de alabarderos reales lo componían 20 muchachos por cada una de las provincias vascas y 40 por Navarra. "Su uniforme consistía en un sobretodo azul cielo, con franjas rojas guarnecidas de botones blancos, el pantalón rojo y una boina azul con borla de plata; llevaban carabinas inglesas con largas bayonetas." En otro lugar dice: "En seguida me dirigí a la audiencia real, vestido por primera vez con el uniforme español, que consistía en un grueso sobretodo azul, muy corto, con dos filas de botones dorados en los que estaba grabada la flor de lis real de los Borbones con esta inscripción: "Carlos V"; un pantalón rojo con galones negros; la boina escarlata con borla de plata. La boina blanca con borla negra era entonces—1837—el signo distintivo de los generales y de los ayudantes de campo. Zumalacárregui la había concedido como una distinción a los soldados del quinto batallón de Guipúzcoa, de donde les viene el nombre de *chapelzuris*". En otra ocasión habla de uniformidad en este sentido: "Las tropas de línea llevaban capotes de paño gris, adornados con vueltas cuyo color variaba según las provincias, pantalones rojos y buenos zapatos. En Aragón y en Castilla los soldados calzaban sandalias, calzado cómodo que las otras tropas comenzaban a imitar. La boina azul con borla de color era tocado general; sólo los zapadores se cubrían con la boina escarlata. La del quinto batallón de Guipúzcoa era blanca y se llamaba de *chapelzuris,* y algunos portugueses incorporados a los batallones de Castilla la llevaban verde. El armamento consistía en un fusil de fabricación inglesa o francesa, que las más de las veces había sido tomado al enemigo. La canana, que contenía cuarenta cartuchos, iba delante, y la bayoneta a la derecha. Atado a la espalda se llevaba un saco de tela llamado morral. Este traje y este armamento, que hubieran hecho un efecto deplorable en una parada, eran perfectamente adecuados a la guerra de montaña y a las marchas forzadas. La caballería estaba compuesta exclusivamente de lanceros; algunos escuadrones, el primero y el segundo de Navarra (*Manuelín* y Osma), eran excelentes, pero mediocremente montados. El armamento de estos escuadrones, compuestos de cien caballos, consistía en un sable, dos pistolas y una lanza, guarnecida de un gallardete rojo y amarillo. Medio escuadrón llevaba carabinas o trabucos en vez de lanzas. El hierro de las lanzas estaba fabricado con mucho cuidado, según un modelo polaco;

los sables eran rectos o ligeramente curvados, con anchas guardas. Las sillas eran un término medio entre la antigua forma española y las de los dragones, y estaban cubiertas con pieles de carnero. El bocado, de forma oriental, no podía servir más que para los caballos españoles porque sólo tenían un filete largo y curvado, sin falsa brida. Los caballos estaban ligeramente bien equipados. Todas las fuerzas de caballería usaban la boina roja, chaquetas cortas de paño, verde o rojo, según los escuadrones; pantalón gris o rojo, guarnecido de cuero, y capote gris con cuello alto, vuelto de rojo. Los capotes de los trompetas eran rojos".

CABRERA, CAUDILLO DEL MAESTRAZGO

Si la guerra en el Norte tiene un nombre: Zumalacárregui, la de Levante tiene otro que, sin una preparación militar como la del vasco, estaba dotado de un instinto especial, producto de su intuición genial, para conducir los hombres en la batalla. Ese hombre es el de Ramón Cabrera Griñó, natural de Tortosa, donde nació en diciembre de 1806. Huérfano bien pronto, estudió interno en un Colegio religioso, donde dió pruebas de su entereza y dotes para el mando. Su familia le quiso sacerdote, y, aunque recibió la primera tonsura para lograr las rentas de unos beneficios en la catedral de Tarragona adscritos a su familia, pronto su afán de aventura le llevó bien lejos. El obispo, comprendiendo que su vocación no era eclesiástica, no quiso ordenarle de menores. Estallada la guerra, las autoridades de Tortosa le tuvieron en entredicho, y hasta le desterraron a Barcelona, pero cuando este destierro iba a ser efectivo, acompañado de su amigo Solá y el cocinero del convento donde había estado, se fugó a Morella el 15 de noviembre de 1833.

Hasta entonces la guerra en aquella comarca no había sido muy afortunada. El alzamiento había comenzado en la Valencia del Norte y en el Aragón del Sur al mismo tiempo que en el resto de España. Todos los esfuerzos se concentraron en una plaza fuerte que estaba en el lugar más apropiado por su distancia a los demás puntos y la fragosidad de la sierra de que es cabeza Morella. El barón de Hervés, Corvasí, Llorens, Marcoval, y otros jefes distinguidos por su fervor patriótico en 1808 y 1820, llevaron la dirección del Movimiento que proclamó al infante don Carlos María Isidro como rey legítimo de España. Atacada Morella por fuerzas liberales hubo de ser evacuada por no tener medios para resistir a un ejército tan numeroso como el que acudió en contra de los carlistas. Hecho prisionero el barón de Hervés, fué fusilado en unión de otros jefes.

En la sierra del Maestrazgo se reunió una partida mandada por Corvasí y Marcoval, que componían 250 hombres aproximadamente, de la que formó parte Cabrera. Por entonces el mundo de Levante era disputado entre los distintos jefes de partida, sin que se encontrara al cabecilla indiscutible. Diversas acciones, muchas de ellas temerarias, hicieron que Ramón Cabrera ascendiera ininterrumpidamente.

Fué Marcoval quien le confirió el grado de teniente, y ya en lo sucesivo sería él mismo jefe de una de las partidas. Su pericia, su astucia, su arrojo, fueron prendas importantes que le granjearon ante los subordinados el afecto y la consideración, pues estaban seguros de que con él era imposible la derrota. Mal paso llevaban, sin embargo, los otros jefes: Monforte había sido fusilado en Teruel; Marcoval, en San Mateo, y Sola y Corvasí, en Lucena. Otros jefes, como Vallés y Carnicer, se incorporan a los hombres de Cabrera para combatir a sus órdenes. Como prueba de la temeridad y gusto a la aventura de Cabrera y sus hombres sobra con relatar la acción de Villafranca del Cid, plaza liberal en la que Cabrera y sus hombres entraron uniformados como cristinos, y, una vez que el pueblo les había hecho un gran recibimiento, el jefe carlista hizo rendirse a sus enemigos dando a conocer su personalidad. Cabrera es ya comandante primero, y el mando supremo de los ejércitos reales de aquella comarca lo ostenta Carnicer, que más tarde fué fusilado al intentar traspasar las líneas enemigas para llegar hasta el Cuartel Real, cosa que ya había conseguido Cabrera.

Las guerrillas diseminadas dan aquí y allá, en la línea fronteriza entre Aragón, Cataluña y Valencia, golpes de mano, merced a los cuales pueden continuar combatiendo, pues es la única forma que tienen para proporcionarse fusiles, caballerías y dinero. Quílez actúa en Caspe y Batea; Caragol, en Piedrafita; Montañés, en Cebollera; Conesa, en Lydon, y Vicente Fibia, en Pauls. Cabrera obtiene, tras la muerte de Carnicer, la jefatura accidental de las fuerzas de Aragón. Logra reunir todas las guerrillas dispersas, y con ello alcanza un contingente de 240 infantes y 30 jinetes. Con ellos desafía a los 1.500 soldados de a pie y 140 de a caballo que manda el brigadier Nogueras, que, pasmado ante el valor de los hombre carlistas, dice en su parte oficial: "Jamás he visto más decisión, valor ni serenidad; no es posible que las tropas de Napoleón hayan nunca hecho ni podido hacer una retirada por un llano, de cuatro horas, con tanto orden. Lejos de obtener ninguna ventaja de las que creía, no he observado sino el desmayo de las tropas que tengo el honor de mandar, en vista de la resistencia que ha opuesto un puñado de hombres, dignos de defender mejor causa. Si a Cabrera no se le corta el vuelo, este cabecilla dará mucho que hacer a la causa de la libertad".

Después viene el gran triunfo de Alloza, luego el de Yesa, y, por fin, su entrada victoriosa en Segorbe, que asegurara por siempre su fama de invencible. Esto hace que las partidas de Torner y *el Serrador* se acojan a su mando. Toma la importante ciudad de Rubielos, Mora de Rubielos, Alcalá de la Selva, Puebla de Valverde, Sarrión, Torrijos y Utiel. Establece Cabrera su refugio y cuartel permanente en Beceite, y comienza a iniciar una organización regular del Ejército para dotarle de los medios imprescindibles para vencer, y también para que pudiera subsistir, pues son muchos los mozos de los contornos que se le presentan como voluntarios para luchar a sus órdenes. "A los soldados les asigna una paga de cuatro reales diarios, cinco a los cabos, seis a los sargentos, y los oficiales cobran un tercio del haber que, por su grado, les correspondería en las filas regulares. Se preocupó también del vestuario, y rebajó de servicio a todos los sastres que fi-

guraban en su pequeño ejército. De este modo empezó a uniformar las compañías; primero adaptando los hábitos recogidos en el campo de batalla, y después cosiéndolos ya nuevos, cuando se proveyeron de paño. Como tocado, usaba en un principio los mismos morriones de los isabelinos que éstos abandonaban en el combate; pero hacia el año 36 llegó desde las provincias el uso de la boina, que ya fué distintivo de este bando. En cuanto a la organización puramente militar, completó el segundo batallón de Tortosa y formó el cuadro del tercero; con la partida de don Vicente Herrero fundó el cuarto de Aragón, y con los nuevos mozos que iban llegando formó otros dos batallones, uno tortosino y otro valenciano. Nombró su ayudante a don Ramón Ojeda, y su jefe de Estado Mayor a don José María de Arévalo; la caballería la puso a las órdenes de don Manuel Añón, y las oficinas y la contabilidad a las del teniente coronel don Domingo Franco. Cuando, después de estas providencias, deja los puertos y marcha hacia la llanura, le acompañan 3.400 infantes y 220 jinetes" *(Mariano Tomás)*.

Cuando comienza el éxito continuado de Cabrera, con la base firme de una organización que asegura la prolongación del triunfo, sucede algo que va a llevar la guerra a unos extremos de crueldad innegables. Habían sido detenidos por los cristinos dos oficiales de las fuerzas de Cabrera, Monteverde y Matamoros, y el jefe carlista logró apoderarse, como contrapartida, de una gran formación enemiga. Pidió entonces que se hiciera un cambio de aquellos dos por todos éstos. El gobernador de Tortosa respondió fusilando a los dos oficiales y mandando detener a la madre de Cabrera. El carlista, gran amante de su madre, con dolor de corazón puso en libertad a la columna cristina que tenía en rehenes; pero, para responder de la vida de su madre, metió en prisión a tres mujeres familiares de liberales conocidos en la comarca. Las delaciones y el comportamiento de inteligencia con el enemigo de los alcaldes de Torrecilla y Valdealgorfa obligaron a Cabrera a, como ejemplaridad para los demás y seguridad de sus tropas, fusilarlos. Hasta ahora eran hombres comprometidos, y que hacían el juego de la guerra, los que habían sufrido el rigor de la contienda, pero ahora el brigadier Nogueras hace algo monstruoso. Ordena el fusilamiento de la madre de Cabrera, María Griñó, dando una prueba más de la cobardía de quienes, no sabiendo vencer a su hijo en el campo, pretenden dominarle haciéndole sufrir con los padecimientos del ser para él más querido. El jefe carlista casi enloqueció de dolor desatándose su violencia por unos instantes, durante los que respondió a la ofensa hecha fusilando a las tres mujeres que "le guardaban la vida de su madre".

TOMA DE CANTAVIEJA.—ANDALUCIA

Al frente de sus tropas, seguido de sus guías, continuó la acción victoriosa. Eran ya 4.000 de infantería y 200 caballeros los que obedecían sus órdenes. Con ellos tomó Liria, Benaguacil, Villamarchante, Chiva... Pero una fuerza poderosa del enemigo le obligó a una retirada que dirigió personalmente con éxito. Pronto se rehizo tomando Cantavieja, donde estableció, por ser plaza fuerte, un hospital de sangre y una Academia militar. En Cenia y otros lugares montó fábricas de municiones y armamento, de calzado y vestuario. Su reino era ya importante. Toma Onda, Alcora y Villarreal, y es nombrado por el rey mariscal de campo.

Cumpliendo lo ordenado por el general Miguel Gómez, Cabrera acude con sus lanceros a Utiel, donde el otro jefe lleva siete batallones del Norte. Allí van también segundos de Cabrera con cinco batallones y 500 jinetes. Siguiendo las instrucciones recibidas, las fuerzas carlistas reunidas iniciaron una expedición por Castilla y Andalucía, en la que recorrieron Alcalá de Júcar, Albacete, La Roda, Villarrobledo—aquí combaten con las famosas lanzas de Diego de León—, Baeza, Bailén y Córdoba—donde se celebró un grandioso Tedéum de acción de gracias—. El contingente carlista era grandioso: 8.000 infantes y 2.500 jinetes. El Gobierno de Isabel envió ya un ejército serio contra los carlistas: 20.000 infantes y 4.000 de caballería, a las órdenes de los generales Rodil, Alaix y Narváez. Córdoba fué abandonada, y en el movimiento del ejército de Don Carlos tomaron Almadén, marchando después hacia Extremadura. Cabrera entra en Guadalupe, Trujillo y Cáceres, desde donde, acompañado por muy pocas fuerzas, pide permiso para regresar al Maestrazgo. Va por Abenójar, Almodóvar del Campo, Almagro, Calzada de Calatrava, Bonillo, Albacete, La Gineta, Tarancón, provincia de Guadalajara y Rincón de Soto, donde fué alcanzado por una columna enemiga y su ejército fué dispersado, salvando la vida milagrosamente, y adonde fué recogido por los suyos. Ha terminado el año 1836.

En Almazán le espera ya el grueso de su ejército y marchan a Aliaga y Rubielos de Mora. Su primera acción es apoderarse de la huerta de Valencia, llegando hasta las cercanías de la capital. En un duro combate frente a Castellón cae herido, y sus soldados sólo piensan en salvarlo, abandonando la victoria segura. Desde su lecho de dolor, en donde cura la herida, dirige la guerra, no está quieto un momento y la fiebre le agita con deseos de volver al frente de los suyos, con su famosa capa roja, que como un airón de gloria sus soldados ven siempre agitarse en todas las direcciones y a cuya vista creen seguro el triunfo. Sin curar de sus heridas monta a caballo y va por todas partes levantando la moral y el ánimo de todos, mientras sufre horribles dolores. Ahora conduce a los suyos hasta Buñol y Algemesí, y su segundo Forcadell penetra por la vega del Segura. Pero Cabrera desea vehementemente la

posesión de Cantavieja, que se perdió durante su estancia en Andalucía, y la consiguió, restableciendo de nuevo su antiguo poderío. También venció por entonces Cabrera el genio orgulloso del general Oraa, que había jurado acabar con su enemigo, que se había apoderado de San Mateo de las Fuentes.

EXPEDICION REAL: MADRID

Desde el Norte le avisan a Cabrera que la expedición real contra Madrid está dispuesta, y que debe aprestarse a ayudar al gran Ejército para que pueda cruzar el Ebro y continuar con él hasta la capital de la nación para sentar en él al antiguo infante don Carlos María Isidro, Carlos V según lo proclama su legitimidad. Cherta es el punto señalado para el cruce del río. Pero antes de ir para donde se le señala dispone todas las cosas de forma que no puedan sufrirse reveses o contratiempos durante su ausencia. Cantavieja sigue siendo el centro estelar de todos sus movimientos y de toda su acción.

El 15 de mayo de 1837 púsose en movimiento, desde Estella, la llamada Expedición real, compuesta por 12.000 infantes y 1.600 lanceros, en la que formaba todo el Cuartel Real, con la familia y persona del monarca, las altas dignidades de la Corte y jefes militares. Su fin era reunir un gran Ejército que llegara hasta las puertas de Madrid y rindiera la capital a Don Carlos V. El 24 de mayo se hallaban ya en Huesca, en la que entraron en medio de grandes vítores y aplausos, siendo recibidos como liberadores. El 27 estaban en Barbastro. Tras cruzar el Cinca y el Noguera Ribagorzana, la Expedición pisó tierra catalana, donde se les incorporó Ros de Eroles. Las dificultades del movimiento de tan grueso contingente, con la impedimenta que suponía la Corte, a la que había que proteger en todo caso, fueron causa de algunos reveses, que no fueron mayores por especial providencia. Con igual triunfo y aclamaciones que en otras plazas entró la Expedición en Solsona. Se ocupó San Juan de las Abadesas y Olot. Puede decirse que con la Expedición terminaron los éxitos del Ejército carlista de Cataluña, mandado ahora por Urbiztondo y Tristany.

Fué necesario disponer el cruce del Ebro, lo que se efectuó ante Cherta por el valor indomable de las gentes de Cabrera, que mientras, por un lado, impedían el avance de Nogueras, por otro, a la vista del rey y la Expedición, batían a Borso de Carminati y protegían el paso del Ejército del Norte, para lo cual los hombres del Maestrazgo habían hecho un esfuerzo transportando grandes barcazas sobre troncos desde San Carlos de la Rápita. El 29 de junio, sobre un río tintado de rojo por la sangre vertida, cruzaron el Ebro Don Carlos y todo su acompañamiento. Cabrera manifestó su opinión: "No basta correr, sino que es preciso volar. Presentarse en la puerta de Atocha el mismo día que sepan allí que hemos salido de Cherta; esto debíamos hacer". Su opinión no fué seguida, pues se dilató la marcha rápida sobre el centro, distrayéndose en una jira por Villarreal y Bu-

rriana, hacia el Sur. Volvieron, con gran desesperación de muchos, hacia Teruel, en una serie de idas y venidas infructuosas que desanimaban a los más esperanzados. El Ejército que había quedado en el Norte, ahora al mando de Zariategui, consiguió un rápido avance, que prometía una llegada por el Norte a Madrid en muy escaso tiempo. En agosto estaban los carlistas en Segovia, pero pronto se retiraron a Aranda, desde donde aguardaron nuevas de la Expedición real. Esto no impidió que, más tarde, continuando el avance, llegaran hasta Las Rozas, a las puertas de Madrid, de donde fueron desalojados por Espartero, la que no hubieran podido lograr si la famosa Expedición real hubiera ido más de prisa y hubiera atacado a la capital por el Este y el Sur.

El avance hacia Madrid no presentaba dificultades por lo que respecta a las poblaciones civiles, que recibían a los ejércitos de Don Carlos como a liberadores. Los montes de Toledo estaban en poder de los carlistas de la Mancha y Extremadura, mientras el grueso del Ejército estaba ya en Arganda. El 12 de septiembre de 1837 los carlistas estaban en las afueras de Madrid. Cabrera llegó a Vallecas, subió por Atocha y tomó la puerta del Retiro. Nada faltaba ya para ocupar el centro. Cabrera opinó que era preciso no detenerse y entrar. Surgió la indecisión, y todo fué ya imposible. Mientras, había llegado Espartero con veinticinco batallones para defender la capital. Parecía mentira, pero Zariategui, con los suyos, había hecho proezas que servían para debilitar la moral de Madrid. Valladolid había caído en sus manos, y cuando planeaba la ocupación de Palencia se enteró que Don Carlos había pasado el Duero, y que no merecía la pena su esfuezo. Toda la ilusión puesta en la Expedición se había deshecho. Difícil sería volver otra vez a concebir esperanzas. Destituciones, destierros...; eso no arreglaba la situación y empeoraba la inquietud que reinaba en todos.

Cabrera continuó con el mismo ánimo que siempre, después de vuelto a sus posesiones, luchando por la causa que defendía, como si nada hubiera pasado. Quiso tener una capital de su pequeño mando, y el 25 de enero de 1838 Morella caía en poder suyo. Después conquistó Benicarló y por unas horas Zaragoza—5 de marzo—fué carlista, merced al heroísmo de los mozos aragoneses mandados por Cabañero. Calanda y Alcoriza fueron también carlistas. Orza se decidió a cercar Morella, pero Cabrera izó bandera negra con una calavera blanca, en señal de que antes morirían todos que rendirse; el cerco tuvo que ser levantado. Gran victoria fué la obtenida por Cabrera sobre Pardiñas, que murió en el combate librado en las cercanías de Maella, donde quedó destrozada la división cristina llamada del "ramillete", por lo escogido de sus fuerzas.

LA TRAICION DE MAROTO

Mientras esto ocurría en Levante, merced a la jefatura de Cabrera, en el Norte las peleas entre jefes y jefecillos eran cada vez mayores. Muchas unidades se sublevaron al ver perseguidos a sus jefes. Rafael Maroto, nacido en Lorca (Murcia) el 18 de octubre de 1783, fué ascendido a jefe supremo del Ejército real del Norte, y desde su nombramiento a comienzos de 1839 planeó la rendición de las fuerzas carlistas a los cristinos. Todos advirtieron la maniobra, pero ya era tarde. El 15 de enero se entrevistó con un ayudante de Espartero, afirmando que iba a discutir un canje, y desde entonces hubo una enconada lucha entre el Cuartel Real y el de Maroto, que terminó con el fusilamiento por éste de los generales Guergué, García, Sanz y Carmona y el intendente Uriz. Don Carlos reaccionó publicando una proclama contra el desleal Maroto, a quien declaraba traidor. Maroto no se intimidó; formó a sus tropas y fué contra el Cuartel General, y Don Carlos se vió forzado a suavizar su actitud y a mandar a Francia a muchos de cuantos le rodeaban, que, realmente, tampoco le habían servido como eficaces consejeros. Maroto, con ello, colocó al frente del Ejército a quienes eran sus aliados, y en una revista hecha por Don Carlos a varios batallones entre Vergara y Elorrio, en la que arengó a los soldados para que reaccionaran, observó el monarca cómo gritaban "¡Viva Maroto!", en vez de "¡Viva el rey!", y de los batallones guipuzcoanos salía una voz unánime que decía *Pakia,* esto es, "Paz". Los navarros y alaveses, con Zariategui, Elío y Villarreal, permanecieron fieles a Don Carlos, y los navarros, siempre leales, se sublevaron contra Maroto. Pero nada era ya posible, y todo contribuía a la confusión.

Con todo ello Don Carlos, Carlos V, se vió obligado a pasar la frontera hacia Francia por Dancharinea. Después vino el vergonzoso Convenio de Vergara.

Todas las tropas del Norte, bajo el mando de Espartero, marcharon ahora contra Levante. Cabañero, siguiendo lo hecho por Maroto, se adhirió al Convenio. Cabrera veía caer sobre sí toda la máquina de un gran potencial bélico, y aun así se aprestó a la defensa y luchó como un valiente hasta el final, llevando en retirada todo el Ejército hasta la frontera. Se dice que Espartero elogió el valor de estas fuerzas que no se rindieron jamás sin luchar. Tras perder sus posiciones del Maestrazgo, pasó el Ebro y fué a Cataluña. En Flix se unieron la división de Aragón, el primer batallón de Valencia y el tercero de Mora, con sus leales Forcadell y Polo. El 2 de junio pasaron el río, siendo los últimos en cruzarlo Cabrera y Arnau. De allí fué a Berga, cruzando aquellas tierras del Principado tan carlistas, en la que tantos pueblos habían sido fieles a Don Carlos, pero a las que había faltado un jefe con fuerza suficiente para llevar la dirección política y militar del carlismo. El 4 de julio aún dió Cabrera una batalla a los cristinos. El 5 estaba en la raya de Fran-

cia con 10.000 soldados que entregaron sus armas en la frontera. Según lo recogido por Mariano Tomás, en Francia entraron los generales Forcadell, Llangostera y Burjo, los brigadieres Añón, Arnau, Valls y Franco; cinco batallones de Tortosa, el primero de Valencia, el regimiento de Caballería de Tortosa, la compañía de cazadores del primero de Aragón, dos secciones de artillería y la división de Aragón. Estas eran las fuerzas carlistas que no habían podido ser vencidas en combate.

Carlos V, en el destierro, vivió en Bourges hasta 1854. De allí se trasladó el primer rey de la dinastía carlista a Trieste, donde murió el 10 de marzo de 1855, a los sesenta y siete años de edad. Fué enterrado en la catedral de dicho lugar, llamada hoy "El Escorial carlista".

LAS CAUSAS NO MILITARES DEL RESULTADO DE LA CONTIENDA

Sorprenderá que con esta descripción de la primera guerra carlista fuera posible la victoria de los liberales. Quizá faltaron jefes, pero sobre todo faltó al Ejército de Don Carlos dinero, que proporcionaron a manos llenas, como ayuda de guerra, e incluso grandes contingentes de voluntarios, Francia e Inglaterra. Hay otra causa muy digna de tenerse en cuenta. Había una gran masa neutra que, aunque por principios estuviera con Don Carlos, no se manifestaba en uno ni otro sentido. Estaba compuesta por esa clase media ansiosa de subir, que está constantemente disgustada con lo que es y con lo que representa en la sociedad de su tiempo. El Ejército carlista era formado totalmente por voluntarios salidos de las regiones más ricas, agrícola e industrialmente, de España: Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia, sin que esto quiera decir que no hubiera grandes partidas carlistas—como hemos visto—en otros lugares. Los jefes carlistas eran los militares profesionales o los hombres de genio guerrero que habían luchado de verdad, primero contra los hombres sin Dios de Napoleón, después contra la intriga masónica de Riego. El Ejército liberal se componía de las quintas llamadas a filas, bien pagadas, y era mandado por profesionales, muchos de ellos de nombre obscuro, que empezaban a brillar entonces y que no podían vencer en igualdad de condiciones al entusiasmo esperanzado de los carlistas.

Quien ganó la batalla decisiva para los liberales, los hombres de la Revolución, fué Mendizábal, poniendo en venta los bienes de las Congregaciones religiosas y de la Iglesia por cuatro cuartos. Esa clase media neutra vió una posibilidad de ascender de situación, y si los gobernantes de Isabel II les daban la pacífica posesión de una riqueza adquirida tan fácilmente, y si Don Carlos juraba devolver de su despojo a la Iglesia y a los religiosos, era natural que su peso se inclinara hacia los liberales, que así tuvieron su más grande fuerza—la de la llamada clase de orden—para vencer a Carlos V y lo que ideológicamente significaba.

INDICE

Páginas

Sucesores de Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 26. — Madrid.